

CIENCIA SOCIAL Y CIENCIA NATURAL*

LUDWIG VON MISES

1.

Los fundamentos de las ciencias sociales modernas fueron puestos en el siglo XVII. Hasta entonces, sólo encontramos historia. Naturalmente, los escritos de los historiadores están llenos de implicaciones que pretenden ser válidas para toda acción humana independiente de tiempo y ambiente, y aun cuando no establecen explícitamente tales tesis, necesariamente basan su comprensión e interpretación de los hechos en supuestos de este tipo. Pero no se realizó ningún intento por aclarar estos supuestos tácitos con un análisis especial.

Por otro lado, prevalecía la creencia de que en el campo de la acción humana no podía ser usado ningún otro criterio que el de lo bueno y lo malo. Si una política no alcanzaba su finalidad, su fracaso era atribuido a la insuficiencia moral del hombre o a la debilidad del gobierno. Con buenos hombres y gobiernos fuertes todo era considerado factible.

Entonces, en el siglo XVIII, hubo un cambio radical. Los fundadores de la Economía Política descubrieron regularidad en la operación del mercado. Descubrieron que a cada estado del mercado correspondía un cierto estado de precios, y que una tendencia a restaurar tal estado se manifestaba cada vez que algo intentaba alterarlo. Esta intuición abrió un nuevo capítulo en la ciencia. Las personas comprendieron

(*) Publicado originalmente en *Journal of Social Philosophy and Jurisprudence*, vol. 7, n.º 3 (abril 1942). Capítulo 1 de la recopilación *Money, Method, and the Market Process* (Auburn, The Ludwig von Mises Institute, 1990). Las notas aclaratorias fueron incorporadas por el editor Richard M. Ebeling.

que las acciones humanas estaban abiertas a investigación desde puntos de vista diferentes al del juicio moral y fueron obligados a reconocer una regularidad que compararon con aquellas que ya les eran familiares en el campo de las ciencias naturales.

Desde los días de Cantillon, Hume, los fisiócratas y Adam Smith, la teoría económica ha hecho progresos continuos, aunque no de modo estable. En el curso de este desarrollo, se ha convertido en mucho más que una teoría acerca de las operaciones del mercado, en el contexto de una sociedad basada en la propiedad privada de los medios de producción. Por algún tiempo ha sido una teoría general de la acción humana, de la decisión humana y de las preferencias.

2.

Los elementos de la cognición social son abstractos y no se pueden reducir a ninguna imagen concreta aprehensible por los sentidos. Para facilitar la visualización se debe recurrir a lenguaje metafórico. Durante un tiempo las metáforas biológicas fueron muy populares y hubo autores que las explotaron hasta extremos ridículos. Baste citar el nombre de Lilienfeld.¹

Hoy en día la metáfora del mecanismo es la más usada y la base teórica para su aplicación se encuentra en la visión positivista de la ciencia social. El positivismo rechazó jovialmente todo lo que enseñaban la historia y la economía. A sus ojos, la historia simplemente no es ciencia, y la economía es una clase especial de metafísica. En lugar de ambas, el positivismo postula una ciencia social que debe construirse por el método experimental, tal como es aplicado idealmente en la física newtoniana: la economía tiene que ser experimental, matemática y cuantitativa. Su tarea es medir porque la ciencia es medición y toda afirmación debe estar abierta a verificación por los hechos.

¹ «Cuando un gobierno toma un préstamo de Rothschild, la sociología orgánica comprende el proceso como sigue: ... La operación de Rothschild es precisamente similar a la acción de un grupo de células corporales que cooperan en la producción de la sangre necesaria para nutrir el cerebro, con la esperanza de ser compensadas por una reacción de las células de la materia gris que necesitan para reactivar y acumular nuevas energías». Paul von Lilienfeld, *La Pathologie Sociale* (París, 1896), p. 104. Citado en Ludwig von Mises, *Socialism*, (Indianapolis, Ind.: Liberty Classics, 1981), p.257n.

Cada proposición de esta epistemología positivista está equivocada.

Las ciencias sociales en general, y la economía en particular, no pueden estar basadas en la experiencia en el sentido en que este término es usado por las ciencias naturales. La experiencia social es experiencia histórica y cada experiencia es la experiencia de algo pasado. Pero lo que distingue a la experiencia social de la que forma la base de las ciencias naturales, es que siempre es la experiencia de un fenómeno complejo. La experiencia a la que deben todo su éxito las ciencias naturales es la experiencia del experimento. En los experimentos, los diferentes elementos de cambio son observados por separado. El control de las condiciones de cambio proporciona al experimentador los medios para asignar a cada efecto su causa suficiente. Sin considerar el problema filosófico involucrado en ello, procede a acumular «hechos» que son los ladrillos con los que los científicos construyen sus teorías: constituyen el único material a su disposición y su teoría no debe contradecirles. Los hechos son los elementos últimos.

Las ciencias sociales no pueden hacer uso de experimentos. La experiencia de la que se ocupan es la de los fenómenos complejos. Están en la misma posición que tendría la acústica si el único material para sus científicos fuese escuchar un concierto o el ruido de una cascada. Actualmente, está de moda actuar acorde a los laboratorios y oficinas estadísticas. Esto es engañoso. El material que la estadística proporciona es histórico, lo que significa que es resultado de fuerzas complejas. Las ciencias sociales nunca disfrutaron la ventaja de observar las consecuencias de un cambio sólo en un elemento, conservando iguales las demás condiciones.

Por lo tanto, las ciencias sociales nunca pueden usar la experiencia para verificar sus afirmaciones: cada hecho y cada experiencia de la que se ocupan está abierta a diferentes interpretaciones. La experiencia de un fenómeno complejo nunca puede probar o refutar una afirmación de la manera en que un experimento lo hace. No tenemos ninguna experiencia histórica cuya importancia sea idénticamente juzgada por todas las personas.

Indudablemente, hasta ahora en la historia, únicamente las naciones que han basado su orden social sobre la propiedad privada de los medios de producción han alcanzado algún estado superior de bienestar y civilización. No obstante, nadie consideraría esto como una refutación incontestable a las teorías socialistas. En el campo de

las ciencias naturales, también hay diferencias de opinión respecto a la interpretación de hechos complejos. Pero aquí la libertad de explicación está limitada por la necesidad de no contradecir afirmaciones verificadas satisfactoriamente por experimentos. En la interpretación de hechos sociales tal límite no existe: todo puede ser afirmado acerca de ellos, siempre y cuando no estemos reclusos en los límites de los principios de cuya naturaleza lógica pretendemos hablar después. Aquí, sin embargo, ya hemos mencionado que cada discusión referida al significado de la experiencia histórica pasa, imperceptiblemente, por una discusión de estos principios sin referencias adicionales a la experiencia. Las personas pueden comenzar discutiendo las lecciones a aprender de un arancel o del sistema soviético ruso, y rápidamente estarán discutiendo la teoría general del comercio interregional o la teoría no menos pura del socialismo y del capitalismo.

La imposibilidad de experimentar implica la imposibilidad de medición. El físico tiene que tratar con magnitudes y relaciones numéricas porque tiene el derecho de asumir que subsisten ciertas relaciones invariables entre las propiedades físicas. El experimento le proporciona los valores numéricos que han de asignarse a las relaciones. En la conducta humana no hay tales relaciones constantes, no hay estándar que pueda usarse como medida, y no hay experimentos que establezcan uniformidades de este tipo.

Lo que el estadístico establece al estudiar las relaciones entre precios y oferta o entre oferta y demanda, es sólo de importancia histórica. Si determina que, entre 1920 y 1930, un aumento del diez por ciento en la oferta de patatas en la Atlántida fue seguida de una caída de ocho por ciento en su precio, no dice nada acerca de qué ocurrió o pudo ocurrir con un cambio en la oferta de patatas en otro momento o en otro país.

Tales mediciones, como la de la elasticidad de la demanda, no pueden ser comparadas con las de los físicos (por ejemplo, la densidad específica o peso de los átomos). Naturalmente, todos comprenden que la conducta de los hombres, en lo concerniente a las patatas y a cualquier otro bien, es variable. Individuos distintos valoran la misma cosa de una manera diferente, y la valoración varía incluso en el mismo individuo bajo condiciones cambiantes. No podemos clasificar a los individuos en clases que reaccionan de la misma manera, y no podemos determinar las condiciones que provocan la misma reacción. Bajo estas circunstancias, debemos comprender que el economista estadístico es

un historiador y no un experimentador. Para las ciencias sociales, las estadísticas constituyen un método de investigación histórica.

En toda ciencia, las consideraciones que resultan en la formulación de una ecuación son de un carácter no matemático. La formulación de la ecuación tiene una importancia práctica porque las relaciones constantes que incluye son establecidas experimentalmente y porque es posible introducir valores específicos conocidos en las funciones para determinar aquellos desconocidos. Estas ecuaciones no son sólo consumación del análisis teórico: son punto de partida del trabajo práctico y base del diseño tecnológico. Pero en economía, donde no hay relaciones constantes entre magnitudes, las ecuaciones están vacías de aplicación práctica. Aunque fuera posible alejar todos los escrúpulos referidos a su formulación, todavía deberíamos comprender que carecen de todo uso práctico.

Pero la principal objeción que debe plantearse al tratamiento matemático de los problemas económicos proviene de otro terreno. En realidad, dicho tratamiento no se ocupa de las verdaderas operaciones de las acciones humanas sino de un concepto ficticio que los economistas construyen para propósitos instrumentales: el concepto de equilibrio estático.

Con el objeto de comprender las consecuencias del cambio y la naturaleza del beneficio en la economía de mercado, los economistas construyen un sistema ficticio en el cual no hay cambio. Hoy es como ayer y mañana será como hoy. No hay incertidumbre acerca del futuro y, por tanto, las actividades no involucran riesgo. Y para mayor interés, la suma de los precios de los factores de producción complementarios iguala exactamente el precio del producto, lo que significa que no hay espacio para el beneficio. Pero este concepto ficticio no sólo es irrealizable en la vida real: ni siquiera puede ser llevado consistentemente a sus últimas conclusiones. Los individuos de este mundo ficticio no actuarían ni tendrían que tomar decisiones: sólo vegetarían. Es cierto que la economía, justamente porque no puede hacer experimentos, está limitada a aplicar este y otros conceptos ficticios de un tipo similar. Pero su uso debería estar restringido a los propósitos para los que está diseñado. El propósito del concepto de equilibrio estático es el estudio de la naturaleza de los beneficios, es decir, de las relaciones entre costes y precios. Fuera de esto, es inaplicable y ocuparnos de él es inútil.

Todo lo que las matemáticas pueden hacer en el campo de los estudios económicos es describir el equilibrio estático. Las ecuaciones y las curvas de indiferencia se ocupan de un estado de cosas ficticio, que

nunca existió en ningún sitio. Lo que ellas proporcionan es una expresión matemática de la definición de equilibrio estático. Dado que los economistas matemáticos comienzan desde el prejuicio de que la economía debe ser tratada en términos matemáticos, ellos consideran al estudio del equilibrio estático como toda la economía. El carácter puramente instrumental de este concepto ha sido eclipsado por esta preocupación.

Naturalmente, las matemáticas no pueden decirnos nada acerca de la manera en que este equilibrio estático puede ser alcanzado. La determinación matemática de la diferencia entre cualquier estado verdadero y el estado de equilibrio no es un sustituto para el método por el cual, los economistas lógicos o no matemáticos, concebimos la naturaleza de esas acciones humanas que necesariamente ocasionarán equilibrio, siempre y cuando no suceda ningún cambio adicional en los datos.

Ocuparse del equilibrio estático es una evasión engañosa del estudio de los principales problemas económicos. El valor pragmático de este concepto de equilibrio no debería ser subvalorado, pero es un instrumento para la solución de un único problema. En cualquier caso, la elaboración matemática del equilibrio estático es sólo un juego secundario en economía.

Esto es similar al uso de curvas. Podemos representar el precio de un bien como el punto de intersección de dos curvas, la curva de demanda y la curva de oferta. Pero debemos comprender que no conocemos nada acerca de las formas de estas curvas. Conocemos los precios *a posteriori*, que suponemos son los puntos de intersección, pero no conocemos la forma de las curvas, ni del pasado ni para el futuro. La representación de las curvas es, por lo tanto, nada más que un medio didáctico para presentar gráficamente la teoría y hacerla más fácilmente comprensible.

El economista matemático es propenso a considerar al precio, ya sea como una medida de valor o como equivalente al bien. A esto debemos decir que los precios no están medidos en dinero sino que ellos son la cantidad de dinero intercambiado por un bien. El precio no es equivalente a un bien. Una compra sucede sólo cuando el comprador valora al bien más que el precio, y el vendedor valora al bien menos que al precio. Nadie tiene el derecho a abstraerse de este hecho y asumir una equivalencia donde hay una diferencia en valoración. Cuando una de las partes considera al precio como el equivalente del bien, no ocurre ninguna transacción. En este sentido, podemos decir que cada transacción es, para ambas partes, un «negocio».

3.

Los físicos consideran a los objetos de su estudio desde fuera. No tienen conocimiento de lo que sucede en el interior, en el «alma», de una piedra que cae. Pero tienen la oportunidad de observar su caída en experimentos y, con ello, descubrir lo que denominan leyes de la caída. De los resultados de tal conocimiento experimental, ellos construyen sus teorías yendo de lo especial a lo más general, de lo concreto a lo más abstracto.

La economía trata de acciones humanas y no, como es dicho a veces, de bienes, cantidades económicas o precios. No tenemos el poder para experimentar con acciones humanas, pero tenemos, siendo seres humanos nosotros mismos, un conocimiento de lo que sucede dentro de un hombre actuante. Sabemos algo acerca del significado que los hombres actuantes incorporan a sus acciones. Sabemos por qué los hombres desean cambiar las condiciones de sus vidas. Sabemos algo sobre la inquietud, que es el último incentivo de los cambios que ellos ocasionan. Un hombre perfectamente satisfecho, o uno que aunque insatisfecho no viera forma de mejorar, no actuaría.

Así, como dice Cairnes, cuando el economista prepara sus estudios ya está en posesión de los últimos principios que gobiernan el fenómeno que constituye el tema de su investigación, mientras que la humanidad no tiene conocimiento directo de los principios físicos últimos.² En esto radica la diferencia entre las ciencias sociales (morales, *Geisteswissenschaften*) y las ciencias naturales. Lo que hace posible a la ciencia natural es el poder de experimentar; lo que hace posible a la ciencia social es el poder de abarcar o entender el significado de la acción humana.

Debemos distinguir dos clases muy diferentes de esta comprensión del significado de acción: nosotros concebimos y nosotros comprendemos.

Nosotros concebimos el significado de una acción, es decir, tomamos un acción como tal. Vemos en la acción el esfuerzo por alcanzar un objetivo con el uso de medios. Al concebir el significado de una acción la consideramos como un esfuerzo deliberado por alcanzar alguna finalidad, pero no consideramos la calidad de los fines propuestos ni de

² [John E. Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economics* [1875] (New York: Augustus M. Kelley, 1965), pp. 89-97. Nota del editor inglés.]

los medios aplicados. Concebimos la actividad como tal, sus cualidades y categorías lógicas (praxeológicas). Todo lo que hacemos en esta concepción es por análisis deductivo, para iluminar todo cuanto es contenido en el primer principio de acción y aplicarlo a diferentes clases de condiciones pensables. Este estudio es el objeto de la ciencia teórica de la acción humana (praxeología) y en particular de su rama más desarrollada, la economía (teoría económica).

Por tanto, la economía no está basada en la experiencia ni es derivada (abstraída) de ella. Es un sistema deductivo que parte de la intuición acerca de los principios de la razón y de la conducta humana. De hecho, toda nuestra experiencia en el campo de la acción humana está basada en (y condicionada por) la circunstancia de que tenemos esta intuición en nuestra mente. Sin este conocimiento a priori y los teoremas derivados de él, no podríamos comprender qué está sucediendo en la actividad humana. Nuestra experiencia de la acción humana y de la vida social está basada en la teoría praxeológica y en la teoría económica.

Es importante ser consciente de que este procedimiento y método no es peculiar de la investigación científica, sino que es el modo ordinario de aprehensión diaria de los hechos sociales. Estos principios apriorísticos y las deducciones de ellos son aplicados no sólo por el economista profesional sino por todo aquel que trata de hechos o problemas económicos. El lego no procede de una manera significativamente diferente de la del científico: sólo que en ocasiones es menos crítico, menos escrupuloso en examinar cada paso en la cadena de sus deducciones, y por tanto, más sujeto a error. Uno sólo necesita observar cualquier discusión sobre problemas económicos corrientes para comprender que su curso cambia muy pronto a la consideración de principios abstractos sin ninguna referencia a la experiencia. Por ejemplo, no se puede discutir el sistema soviético sin caer en los principios generales del capitalismo y del socialismo. No se puede discutir una ley sobre salario y jornada laboral sin regresar a la teoría de los salarios, beneficios, intereses y precios, es decir, la teoría general de una sociedad de mercado. El «hecho puro» –dejemos a un lado la cuestión epistemológica sobre si existe tal cosa– está abierto a diferentes interpretaciones, y estas interpretaciones requieren aclaración por aproximación teórica.

La economía no sólo no es derivada de la experiencia: es imposible verificar sus teoremas apelando a la experiencia. Como se ha dicho, cada experiencia de un fenómeno complejo puede ser y es

explicado de diferentes maneras. Los mismos hechos, las mismas cifras estadísticas son reivindicadas como confirmaciones de teorías contradictorias.

Es instructivo comparar la técnica de trato con la experiencia en las ciencias sociales con la de las ciencias naturales. Tenemos muchos libros de economía que, tras desarrollar una teoría, adjuntan capítulos en que intentan verificar la teoría desarrollada apelando a los hechos. Esto no es lo que hace el científico natural. Él comienza desde hechos establecidos experimentalmente y construye su teoría usándolos. Si su teoría permite una deducción que prediga un estado de cosas aún no descubierto en experimentos, él describe qué clase de experimento sería crucial para su teoría. La teoría parece ser verificada si el resultado es conforme a la predicción. Esto es algo radical y significativamente diferente de la aproximación usada por las ciencias sociales.

Al confrontar la teoría económica con la realidad, no tenemos que intentar explicar de una manera superficial los hechos que otras personas interpretan de modo diferente, de modo que parezcan verificar nuestra teoría. Este dudoso procedimiento no es la manera en que puede tener lugar la discusión razonable. Lo que debemos hacer es esto: debemos averiguar si las condiciones especiales de acción que hemos implicado en nuestro razonamiento, corresponden a las que hallamos en el segmento de realidad que estamos considerando. Una teoría del dinero (o más bien del intercambio indirecto) es correcta o no sin referencia a la cuestión de si el verdadero sistema económico bajo examen emplea intercambio indirecto o trueque.

El método aplicado en estas consideraciones teóricas apriorísticas es el método de las construcciones especulativas. El economista –y el lego en su razonamiento económico– construye una imagen de un estado de cosas inexistente. El material para esta construcción proviene de la intuición acerca de las condiciones de la acción humana. Si el estado de las cosas descrito con estas construcciones especulativas corresponde o pudiera corresponder a la realidad, es irrelevante para su eficiencia instrumental. Incluso construcciones irrealizables pueden prestar valiosos servicios al darnos la oportunidad de concebir qué las hace irrealizables y en qué aspectos difieren de la realidad. La construcción especulativa de una comunidad socialista es indispensable para el razonamiento económico a pesar de que se cuestiona si tal sociedad puede o no ser realizada.

Ya hemos mencionado antes a una de las construcciones especulativas mejor conocidas y más frecuentemente aplicadas: la de un

estado de equilibrio estático. Somos totalmente conscientes de que este estado nunca puede ser realizado, pero no podemos estudiar las implicaciones de los cambios sin considerar un mundo inmutable. Ningún economista moderno negará que la aplicación de este concepto especulativo ha prestado servicios invaluable en la aclaración del carácter de los beneficios y pérdidas del empresario, y de la relación entre costos y precios.

Todo nuestro razonamiento económico opera con estos conceptos especulativos. Es cierto que el método tiene sus peligros y se presta a errores fácilmente, pero debemos usarlo porque es el único disponible. Naturalmente, hemos de ser cuidadosos en su uso.

A la pregunta obvia de cómo una deducción puramente lógica, proveniente de principios apriorísticos, puede decirnos algo acerca de la realidad, replicaremos que tanto el pensamiento como la acción humana dependen de la misma raíz: son productos de la mente humana. Por tanto, los resultados correctos de nuestro razonamiento apriorístico no sólo son irrefutables lógicamente sino que, al mismo tiempo, son aplicables con toda su certidumbre apodíctica a la realidad, siempre y cuando los supuestos involucrados estén dados en la realidad. La única forma de refutar una conclusión de la economía es demostrar que contiene una falacia lógica. Otra cuestión es si los resultados obtenidos se aplican a la realidad: esto sólo puede ser decidido demostrando que los supuestos involucrados tienen o no una contraparte en la realidad que pretenden explicar.

La relación entre experiencia histórica –cada experiencia económica es histórica en el sentido de que es la experiencia de algo pasado– y teoría económica es, por tanto, diferente de la que generalmente se asume. La teoría económica no es derivada desde la experiencia: es la herramienta indispensable para comprender la historia económica, que a su vez no puede probar ni refutar las enseñanzas de la teoría económica. Por el contrario, es la teoría económica la que nos hace posible concebir los hechos económicos del pasado.

4.

Pero para orientarnos en el mundo de las acciones humanas necesitamos hacer más que concebir el significado de la acción humana. Tanto el hombre actuante como el historiador observante no sólo deben concebir las categorías de acción como hace la teoría económica:

además tienen que comprender (*Verstehen*) el significado de la decisión humana.

Esta comprensión del significado de acción es el método específico de la investigación histórica. El historiador tiene que establecer los hechos en la medida que sea posible, usando todos los medios proporcionados tanto por las ciencias teóricas de la acción humana –praxeología y su parte más desarrollada hasta ahora, la economía– como por las ciencias naturales. Pero entonces debe ir más allá. Él tiene que estudiar las condiciones únicas e individuales del caso en cuestión. *Individuum est ineffabile*. La individualidad está dada para el historiador y es exactamente lo que no puede ser explicado ni rastreado exhaustivamente a otras entidades. En este sentido, la individualidad es irracional. El propósito de la comprensión específica, tal como es aplicada por las disciplinas históricas, es comprender el significado de la individualidad por un proceso psicológico. Ella establece el hecho de que enfrentamos algo individual, fijando las valoraciones, fines, teorías, creencias y errores; en una palabra, la filosofía total de los individuos actuantes y la manera en que imaginaron las condiciones bajo las que tuvieron que actuar. Nos pone en el entorno de la acción. Naturalmente, esta comprensión específica no puede ser separada de la filosofía del intérprete. Ese grado de objetividad científica, que puede ser alcanzado en las ciencias naturales y en las ciencias apriorísticas de la lógica y la praxeología, nunca puede ser obtenido por las ciencias históricas o morales (*Geisteswissenschaften*) en el campo de la comprensión específica. Cada uno puede comprender de diferentes maneras y la historia puede ser escrita desde diferentes puntos de vista. Los historiadores pueden estar de acuerdo en todo lo que puede ser establecido de una manera racional, y sin embargo estar en amplio desacuerdo en sus interpretaciones. La historia, por lo tanto, siempre tiene que ser reescrita. Las nuevas filosofías demandan una nueva representación del pasado.

La comprensión específica de las ciencias históricas no es un acto de racionalidad pura. Es el reconocimiento de que la razón ha agotado todos sus recursos y que no podemos hacer nada más que intentar una explicación de algo irracional, que es resistente a la descripción exhaustiva y única. Estas son las tareas que la comprensión debe cumplir. Es, sin embargo, una herramienta lógica y debería ser usada como tal. No se debería abusar de ella con el propósito de traficar oscurantismo, misticismo y elementos similares en el trabajo histórico. No es una licencia para los disparates.

Es necesario enfatizar este punto porque a veces ocurre que los abusos de un cierto tipo de historicismo están justificados por una apelación a la «comprensión» erróneamente interpretada. El razonamiento de la lógica, de la praxeología y de las ciencias naturales no puede ser invalidado por la comprensión bajo ninguna circunstancia. A pesar de lo fuerte de la evidencia ofrecida por las fuentes históricas, y pese a lo comprensible que pudiera ser un hecho desde el punto de vista de teorías contemporáneas, si no se ajusta a nuestra razón no podemos aceptarlo. Aunque la existencia de brujas y la práctica de brujería están abundantemente testificadas por documentos legales, no los aceptaremos. Aunque los registros judiciales de muchos tribunales afirman que algunas personas han depreciado la moneda de un país por trastornar la balanza de pagos, no creeremos que tales acciones tengan esos efectos.

No es tarea de la historia reproducir el pasado; intentarlo sería inútil y requeriría una duplicación humanamente imposible. La historia es una representación del pasado en términos de conceptos, y los conceptos específicos de la investigación histórica son de categorías. Estas categorías del método histórico sólo pueden ser construidas usando la comprensión específica y son significativas en el contexto de la comprensión a la que deben su existencia. Por lo tanto, no todo concepto de categoría que sea lógicamente válido puede ser considerado útil para el propósito de la comprensión. Una clasificación es válida en un sentido lógico si todos los elementos unidos en una clase presentan una característica común. Las clases no existen en verdad: siempre son un producto de la mente que al observar descubre similitudes y diferencias. Otra cuestión es si una clasificación, que es lógicamente válida y está basada en consideraciones sólidas, puede ser usada para la explicación de los datos dados. Por ejemplo, no hay duda de que una categoría o clase, «fascismo», que incluye no sólo al fascismo italiano sino también al nazismo alemán, al sistema español del general Franco, al sistema húngaro del almirante Horthy, entre otros casos, puede ser construido en una forma lógicamente válida y contrastada con una categoría llamada «bolchevismo», que incluye al bolchevismo ruso, al sistema de Bela Kun en Hungría y el breve episodio soviético de Munich. Pero que esta clasificación y la inferencia de que se vea al mundo de los últimos veinte años dividido en dos partidos, fascistas y bolcheviques, sea la manera correcta de comprender las condiciones políticas presentes está abierto a discusión. Se puede comprender este período de la historia en una manera muy diferente

usando otras categorías. Se puede distinguir entre «democracia» y «totalitarismo», y permitir que la categoría «democracia» incluya el sistema capitalista occidental y que la categoría «totalitarismo» incluya tanto al «fascismo» como al «bolchevismo». Que se aplique la primera o la segunda categorización depende enteramente del modo en que se vean las cosas. La comprensión es la que decide la clasificación a ser usada, y no es la clasificación la que decide la comprensión.

Los conceptos categóricos de las ciencias históricas o morales (*Geisteswissenschaften*) no son promedios estadísticos y es imposible que lo sean: la mayoría de las características usadas para clasificación no están sujetas a determinación numérica. Estos conceptos categóricos (en alemán se usa la expresión *Ideal-Typus* para distinguirlos de los conceptos categóricos de otras ciencias, especialmente, los de la biología) no deben ser confundidos con los conceptos praxeológicos usados para concebir las categorías de la acción humana. Por ejemplo, el concepto de «empresario» es usado en teoría económica para representar una función específica: la provisión para un futuro incierto. En este aspecto, todos pueden ser considerados como un empresario en alguna medida. Naturalmente, la tarea de esta clasificación en teoría económica no es distinguir entre hombres sino distinguir entre funciones, explicando las fuentes de beneficios o pérdidas. En este sentido, empresario es la personificación de la función que resulta en beneficio o pérdida. En historia económica y al ocuparnos de los problemas económicos presentes, el término «empresario» significa una clase de hombres que están comprometidos en negocios, pero que puede diferir en tantos otros aspectos que el término parece sin sentido y debe emplearse con una calificación especial: por ejemplo, tamaño (gran, mediana o pequeña empresa), «Wall Street», industria de armamentos, negocio alemán, etc. La categoría «empresario», tal como es usada en historia y política, nunca puede tener la exactitud conceptual que tiene el concepto praxeológico de empresario. En la vida nunca hallaremos hombres que sean nada más que la personificación de una sola función.³

³ Para completar la explicación debemos comentar que hay un tercer uso del término «empresario» en derecho, que debe ser cuidadosamente distinguido de los dos mencionados con anterioridad.

5.

Los comentarios precedentes justifican la conclusión de que hay una diferencia radical entre los métodos de las ciencias sociales y aquellos de las ciencias naturales. La ciencia social debe su progreso al uso de sus métodos particulares y tiene que ir más allá del frente, lo que es requerido por el carácter especial de su objeto. No tienen que adoptar el método de las ciencias naturales.

Es una falacia recomendar a las ciencias sociales el uso de las matemáticas y creer que con ello se harán más «exactas». La aplicación de las matemáticas no le da más exactitud ni hace más cierta a la física. Citemos un comentario de Einstein: «hasta que las proposiciones matemáticas se refieran a la realidad ellas no son ciertas, y hasta que sean ciertas no se refieren a la realidad». Es diferente con las proposiciones praxeológicas: estas se refieren con toda exactitud y certeza a la realidad de la acción humana. La explicación de este fenómeno está en el hecho de que ambos –la ciencia de la acción humana y la acción humana en sí misma– tienen una raíz común: la mente humana. Sería un error asumir que la aproximación cuantitativa pudiera dar más exactitud pues cada expresión numérica es inexacta debido a las limitaciones inherentes de las facultades humanas de medición. Para lo demás, hemos de referir a lo que ya ha sido dicho antes sobre el carácter puramente histórico de las expresiones cuantitativas en el campo de las ciencias sociales.

A veces, los reformistas que desean mejorar a las ciencias sociales adoptando los métodos de las ciencias naturales intentan justificar sus esfuerzos destacando el estado de atraso de aquellas. Nadie negará que las ciencias sociales, y en especial la economía, están lejos de ser perfectas: todo economista sabe cuánto queda por hacer. Pero dos consideraciones deben ser tenidas en cuenta. Primero, el presente estado insatisfactorio de las condiciones económicas y sociales no tiene relación con la alegada incapacidad en teoría económica. Si las personas no usan las enseñanzas de la economía como guía para sus políticas, no pueden culpar a la disciplina de su propio fracaso. Segundo, si alguna vez fuese necesario reformar radicalmente a la teoría económica, este cambio no irá en la dirección sugerida por los críticos presentes, cuyas objeciones están completamente refutadas para siempre.